

Los latidos del recuerdo

*L*a literatura y el periodismo nunca han sido buenos compañeros de viaje. No ha existido entre ellos una fácil comunicación y en la mayor parte de los casos han convivido fríamente, guardándose para ellos mismos sus propios recelos, comportándose como una pareja mal avenida, donde el realismo y la fabulación, perdido el deslumbramiento del primer encuentro, se observan con creciente desconfianza.

Claro que ya expresaba Maupassant con equilibrada lucidez, que resulta pueril creer en la realidad cuando cada uno de nosotros continúa adelante en su camino con su propia realidad a cuestas. Ese entorno que nos acompaña envolviéndonos en la tersura de su piel, resulta por tanto tan multiforme como los propios seres humanos. ¿Y qué es la fabulación sino una manera de procesar la realidad sobre la percepción de los sueños?

Existe en este caso un tercer factor que es el pensamiento y la memoria y constituye el esfuerzo por recuperar dos paisajes, dos espacios en los que nace y muere la vida entre el universo del periodismo y la ficción literaria.

«La luz del pensamiento» recoge la historia de muchos años de trabajo, donde la creación artística se abre camino entre solitarias intuiciones. ¿Pero cómo se puede entender el trabajo sin esa concepción casi telúrica, casi cósmica del amor, que se deja entrever en la espaciosa visión tanto del pensamiento como de la memoria?

Por eso estas imágenes no constituyen más que una respuesta cotidiana a tantas incógnitas, de tal manera que detrás de todas las incertidumbres humanas se mantiene siempre vivo el misterio, es decir, esa luz atrapada en cada latido del recuerdo.

En definitiva este libro, como tantos capítulos de la vida, se transfigura en una profunda historia de amor y de amistad en torno a esa bóveda cargada de incertidumbres y que constituye el aliento de la creación artística. Estos misteriosos espacios se encuentran narrados a través de la voz de una periodista, en este caso mi propia voz, que rememora las vivencias de una serie de personajes estelares relacionados con la pintura, la música o la literatura como Arturo Rubinstein, Vicente Aleixandre, Buero Vallejo, Delibes, Cela, Alfredo Kraus y muchos otros cuyas reflexiones en entrevistas personales se encuentran entrecomilladas.

La hermosa imagen de la cubierta «De cuando me convertí en una crisálida» es una foto acción realizada por la artista Mainer Bilbao. «Presenta un bosque salvaje y una estructura biomorfa de tela

elástica. En su interior una figura femenina a modo de crisálida, muestra su corporeidad en una concepción telúrica, entre nieblas y sombras. La crisálida se transforma en un refugio orgánico que nos ofrece un retorno a lo natural, a lo primigenio».

Humor, pasión, dolor, belleza, tragedia y esperanza. Un homenaje a tantos creadores que recorren la eternidad y mantienen en difícil equilibrio nuestro propio universo.

Y un agradecimiento personal hacia todos los profesores y compañeros, algunos de ellos muy conocidos, con los que iniciamos aquellos primeros caminos del periodismo mientras estrenábamos la Universidad de Navarra. Y por supuesto este libro está dedicado a ese gran humanista que fue mi padre, Abilio Echeverría, y a mi madre, que ha sido siempre la luz de su pensamiento.

Rosa María Echeverría